

Javier Muguerza.

In memoriam

Querido Javier:

¡Ya pasó todo! Hace apenas unas horas que familiares y amigos te hemos acompañado a tu descanso definitivo. Tendrías que haber visto nuestros rostros: en ellos, en la tristeza de nuestros semblantes, se podía leer el gran vacío que dejas. ¡Qué verdad es aquello de que “algo se muere en el alma cuando un amigo se va”! De hecho, la muerte propia no irrumpe de sopetón, viene largamente preparada por las muertes de los seres queridos que se nos adelantaron. Contigo hemos muerto un poquito todos los que te queremos.

El buen obispo catalán Pere Casaldàliga suele decir que cuando Dios le pregunte si ha amado abrirá su corazón lleno de nombres. También tu mochila, querido Javier, va repleta de nombres. Nos has ayudado a muchos. Los filósofos de ambos lados del Atlántico te lo agradecemos más allá de donde alcanzan nuestras palabras. Nuestro luto es generalizado. Hemos sido testigos de la facilidad con que dabas tu teléfono incluso al desconocido que se te acercaba en el andén de una estación. Y estoy seguro de que no faltará en tu mochila el nombre de aquel mendigo que te trajiste a la UNED para que le diésemos limosna. Dimos en llamarle “el mendigo de Muguerza”. Y, como sabes, no nos portamos nada mal con él.

Antonio Machado dijo que el principal talante ético es el de la bondad. Tú lo has practicado de forma eminente. No en vano has citado a veces un significativo texto de K. Jaspers: “Puesto que la Divinidad permanece oculta, solo hay apoyo sólido entre las existencias que se tienden la mano”. Viéndote tender la mano entre nosotros y escuchando, al mismo tiempo, tu decidida profesión de increencia, me venían siempre a la cabeza las palabras de Nietzsche: “Algún Dios dentro de ti te ha convertido a tu increencia”. Y disculpa la cita, Nietzsche no era precisamente tu filósofo preferido; te resultaba “muy gritón”.

Se me agolpan tantas cosas, Javier, que querría decirte... En los días de tu agonía recordaba cómo Ortega y Gasset se lamentaba de que ninguna cultura ha enseñado a los seres humanos a ser lo que constitutivamente somos: “mortales”. Pero se trata, bien lo sabía Ortega, de un arduo aprendizaje. Religiones y filosofías se juramentaron durante siglos para lograr un correcto “arte de morir”. Pero ningún mortal aprende a morir, la muerte no se ensaya. Cualquier escenificación previa palidece ante la muerte real. Viéndote morir a ti solo he aprendido a llorar, y ese arte ya lo conocía.

Pero todavía deseo transmitirte algo importante. ¿Recuerdas la frecuencia con la que hablábamos de Hölderlin, poeta e inspirador de filósofos? El azar ha querido que caiga en mis manos el informe de su autopsia. No era frecuente por aquellas fechas (1843) realizar autopsias, pero Alemania quiso conocer la causa de la cruel demencia que mantuvo a Hölderlin casi 40 años encerrado en su torre de Tubinga. El informe, además de atribuir la enfermedad a “cierta cavidad que estaba llena de agua y presionaba y endurecía el tejido cerebral”, resalta, y es lo que también yo deseo resaltar, “la plenitud y belleza con que estaba construido su cerebro”.

Como ya te has ido, Javier, no me vas a reprender si aplico a tu cerebro la misma plenitud y belleza. Tampoco me van a corregir, estoy seguro, las universidades donde desplegaste tu creatividad intelectual y tu proverbial encanto y bondad: La Laguna, Barcelona y Madrid. Cuarenta años después de tu paso por la universidad de La Laguna no se han apagado los ecos de tu buen hacer en aquella tierra que tanto querías. ¿Y qué decirte de nuestra UNED donde tantas energías has desplegado? Tu profunda huella ha quedado también impresa en el Instituto de Filosofía del CSIC, en la revista *Isegoría*, en la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, en las *Conferencias Aranguren*, en el *Foro sobre el Hecho Religioso*.

Acabo de mencionar al para nosotros inolvidable Aranguren. Recordarás que, hacia el final de su artículo sobre la muerte de su maestro y amigo E. D’Ors, escribió: “El espíritu no muere, el diálogo prosigue, la palabra no puede extinguirse”. Con ese pensamiento he abandonado hace un rato el crematorio de Galapagar. Sin duda, tus libros, especialmente *La razón sin esperanza* y *Desde la perplejidad* (mis preferidos), mantendrán vivo el diálogo contigo. Pero también confío mucho en la tradición oral, en los relatos que nos iremos transmitiendo, mientras vivamos, los que te hemos conocido y querido. Dejó escrito Kant que, en compensación por las muchas fatigas de la vida, “el cielo nos ha otorgado tres cosas: la esperanza, el sueño y la risa”. Hemos compartido, Javier, muchas risas, muchas esperanzas (no te enfades, me refiero solo a las intrahistóricas, a las que se escriben con minúscula) y hemos soñado despiertos con días mejores para las causas perdidas, aquellas de las que Aranguren te consideraba tan buen abogado.

Querido Javier, descansa en paz. Has emprendido ya lo que nuestro amigo E. Trías llamaba “el inicio del más arriesgado, inquietante y sorprendente de todos los viajes.” Has llegado al final de una vida que no ha sido fácil. Un mes después de tu nacimiento, en aquel enloquecido 1936, asesinaron a tu padre y a cuatro miembros más de tu familia. Todos ellos, buenas gentes, reposan bajo el altar mayor de la iglesia de San Juan de Coín. Dejó escrito Heráclito que “a los hombres, tras la muerte, les aguardan cosas que ni esperan ni imaginan”. El bueno de Aranguren dejaba estos posibles nuevos escenarios en puntos suspensivos... Somos muchos, tú entre ellos, los que nos adherimos a semejante minimalismo teológico. Pero algo es algo. Un gran abrazo.

Manuel Fraijó.